

COLEGAS

Entrevista a H el ene Brunschwig

Los cuentos que dan miedo

por Martine de Sauto

El miedo es un sentimiento importante para «construir» la personalidad del niño. Si el niño tiene la impresión de que los adultos que le rodean no conocen el miedo o, al contrario, tienen tanto miedo del miedo que lo censuran, su angustia irá en aumento.

Para el niño lo esencial es poder poner un nombre a sus experiencias, sobre todo a aquellas que son negativas, dolorosas o pavorosas. Los cuentos ilustrados le permiten dar forma a su miedo, poder nombrarle. Naturalmente, cada niño reacciona según su sensibilidad y, por lo tanto, cada padre tiene que medir los «riesgos». Aunque a veces se producen sorpresas: un chaval «duro» no soportar  una imagen muy banal del lobo feroz, mientras que un «corazón sensible»

disfrutará con la de ogros y brujas armados de uñas y dientes.

Pero en cualquier caso hay un «truco»: el tono con que se lee la historia al niño es extraordinariamente importante. Para aquellos que adoran temblar: ¡vamos allá con los efectos especiales! Para los miedosos, el humor, que subraya la poca seriedad de lo que se cuenta, suele ser suficiente para hacerles reír... ¡de su propio miedo!

Son muchos los niños que piden «cuentos de miedo» cada vez más a menudo. Y muchos los padres que sienten una ligera aprensión a contarles este tipo de historias.

Pomme d'Api ha pedido ayuda a Hélene Brunschwig, psicoterapeuta, para ver más claro.

¿Es conveniente leer a los niños los cuentos que dan miedo?

La literatura infantil está saturada de personajes monstruosos: el lobo feroz, con sus grandes colmillos puntiagudos; el ogro, auténtica pesadilla viviente; la horrible bruja y sus pócimas venenosas... Los actos de estos monstruos son totalmente espantosos: matar, devorar.

Es comprensible que los padres sientan inquietud entregando a sus hijos a la crueldad y a la violencia impresionantes de estas historias, que quieren resguardarlos de lo que les angustia. Pero ello supone olvidar que el miedo es inherente al ser humano. Se nace con él. Ya desde pequeño se tiene miedo de perder el amor de los padres, miedo de estar solo, miedo de la agresividad de los demás y de la propia, un miedo más psicológico de caer, miedo de la muerte.

El niño, a solas en su habitación, puede estar tan aterrorizado como Blancanieves en medio del bosque. Puede tener crisis desesperadas de soledad, de abandono. O ser presa de la cólera más viva, embarcarse en un océano de rabia, perseguido por un monstruo que el mismo ha suscitado.

Pero, muy a menudo, el niño es in-

capaz de darle nombre a sus angustias. Sólo lo hace por medios indirectos: miedo de la oscuridad, miedo de un animal... Sin embargo, no se puede luchar contra las angustias y vencerlas si no es posible elaborarlas, formularlas, hablar de ellas.

En los cuentos tradicionales, los gigantes, las brujas y los monstruos de todo tipo tienen un papel concreto, indispensable. Permiten que el niño dé forma a sus angustias. Son la figura de lo que existe en él, sus pulsiones y sus miedos.

Pongamos un ejemplo: si un niño tiene miedo de ser devorado, su miedo puede materializarse en una bruja. Entonces resulta fácil librarse de ella, cociéndola en una caldera.

¿Todas las historias de miedo son adecuadas para contárselas a los niños?

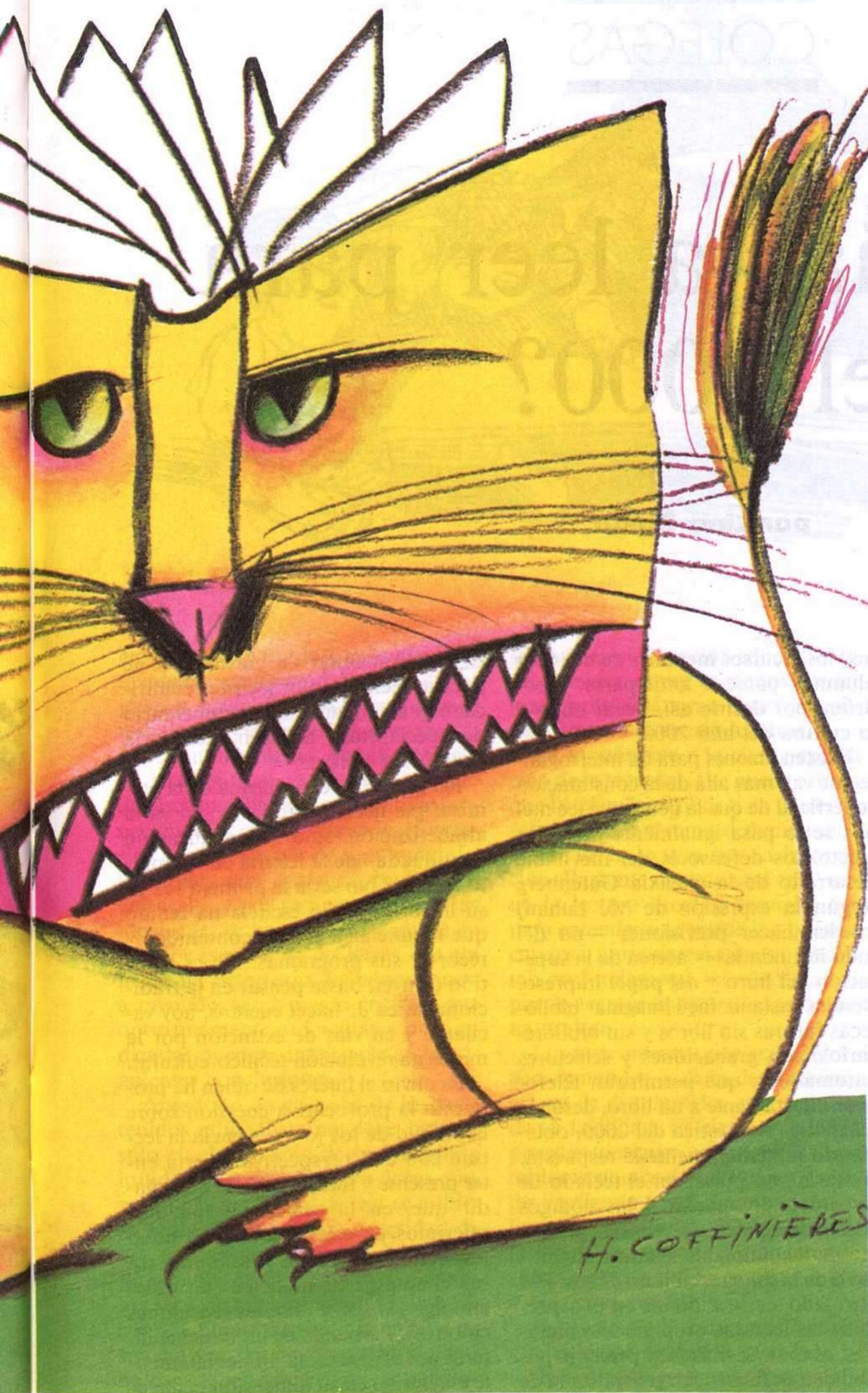
Para que una historia sea buena, capaz de retener verdaderamente la atención del niño, es necesario que despierte su curiosidad, que estimule su imaginación, que corresponda a sus angustias y a sus aspiraciones. Pero, sobre todo, que tenga un final feliz. Es necesario que el personaje monstruoso, malo, sea destruido. Es indispensable.

El final feliz y tranquilizador del cuento le da a entender al niño que él es capaz de superar, de vencer sus pulsiones, sus angustias, y que, de ese modo, podrá hacerse mayor sin demasiadas dificultades. En esas condiciones, y si se siente protegido, en los brazos de alguien, el niño puede incluso disfrutar de tener miedo. Descubre que es capaz de domesticar sus angustias. Obtiene una especie de victoria sobre ellas. Es más fuerte que ellas.

A veces el niño se asusta por una simple imagen ¿por qué?

La imagen es mucho menos negociable que el texto. El niño comprende el significado de las palabras de un





cuento de modo inconsciente, según sus posibilidades y sus necesidades. Por el contrario, ante una imagen, tiene menos defensas. No tiene poder sobre ellas. Alguna vez puede ocurrir —si es demasiado dura para él, si le resulta insoportable— que le dé miedo. Entonces suele ser suficiente hablar con él, o dejarle redibujar la imagen a su modo, para que pueda convertirla en otra cosa más aceptable. Pero lo que es posible con un libro, no lo es tanto con una película o con una serie de televisión.

¿Qué pueden hacer los padres que se sienten incapaces de leer las historias que dan miedo?

Algunos padres temen que su hijo se deje llevar por sus fantasmas, que crea en lo mágico. Pero todos los niños saben bien que un cuento es un cuento...y todos los niños creen en lo mágico. Otros padres temen que su hijo, saturado de fantasmas irreales, no pueda hacer frente a la realidad. Pero para construirse, la personalidad necesita tanto de una comprensión clara como de una rica imaginación. Ocurre además, que son los propios padres quienes se encuentran enfrentados a miedos muy antiguos que no quieren comunicar. Algunos de ellos se identifican hasta tal punto con su hijo, por amor, que creen «ser» su hijo. En el momento de leerle a su hijo un cuento que les da miedo, inconscientemente proyectan sobre él su propio miedo. No importa. La única cosa que se les puede decir a estos padres es: no os esforcéis en leerle un cuento, si os da miedo...

Artículo traducido de la revista *Pomme d'Api* n° 242, abril 1986. Bayard Presse Jeune. Paris. Bayard Presse Jeune es la editora de: *Pomme d'Api*, *Les Belles Histoires de Pomme d'Api*, *Popi*, *Astrapi*, *Okapi*, *J'Aime Lire*, *Je Bouquine*, *I love English*, *Phosphore*.